

IDEAS

¿Se ha acabado la Cristiandad?



X

Miguel Ángel Quintana Paz



El emperador Heraclio devolviendo la Vera Cruz a Jerusalén, tras haber sido arrebatada por los persas | Pierre Subleyras

Cuenta la anécdota que dos sacerdotes se hallaban junto a cierta carretera con un cartel bien grande: “¡El final se acerca! ¡Cambiad de rumbo!”. En estas, pasó a su lado un coche deportivo y su conductor les gritó: “¡Vaya par de pirados!”, antes de pegar un acelerón y torcer en la curva siguiente. Al momento, se oyó el ruido de un frenazo y un montón de agua salpicando. Uno de los sacerdotes entonces se volvió hacia el otro: “¿No crees que sería mejor usar un cartel que simplemente dijera que el puente se ha roto?”.

Como posibles moralejas de esta historietita, adoptaremos en este artículo dos principios. El primero es que conviene no dramatizar al hablar sobre el final de un camino, sea el de una carretera, sea el de una civilización. La segunda moraleja nos aconseja ser bien claros con el lenguaje empleado. Comencemos obedeciendo, pues, a esta segunda recomendación: ¿qué queremos decir cuando hablamos de “Cristiandad”? Y ¿en qué se parece y diferencia del término, más habitual, “cristianismo”?

1. CLARIFIQUEMOS TÉRMINOS

Por “cristianismo” entenderemos la religión que considera a Jesús de Nazaret el Hijo de Dios y propone sus enseñanzas como guía para la vida. Se calcula que unos 2400 millones de personas **a día de hoy la profesan**, lo que equivale a casi un tercio de los habitantes de la Tierra. Ello la convierte en la religión con más adeptos del mundo. Además, las proyecciones del **Pew Research Center** para el año 2050 apuntan a que seguirá gozando de tal posición por entonces, con más de 3000 millones de creyentes previstos. Cerca del 55 % de ellos **serán católicos**.

No parece, pues, que el cristianismo pueda temer por su desaparición en términos demográficos. Mucho menos por su desaparición en términos religiosos: por escasos que fueran sus seguidores, el cristianismo seguiría vivo entre ellos. “Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estaré yo”, anticipó ya Jesús al respecto, según San Mateo (18:20).

Con todo y con eso, de reciente se oyen voces que no las tienen todas consigo sobre si pervivirá una idea ligada al cristianismo, pero diferente a él: la Cristiandad. Así, la filósofa francesa Chantal Delsol publicó el año pasado **El final de la Cristiandad**, obra que está copando buena parte del debate religioso en su país. Algo similar ocurre desde hace un lustro en EEUU con el libro de Rod Dreher **La opción benedictina**, cuyo subtítulo es bien explícito: “Una estrategia para los cristianos en una nación poscristiana”. El mismo papa Francisco, ya en 2014, hizo declaraciones no menos contundentes: “**No estamos en la Cristiandad, ya no**”, que luego **ha repetido**. ¿Qué es, pues, esa “Cristiandad” de la que anuncian su final tan diversos autores?

El modo más rápido de explicarlo es notar que nos hallamos ante el nombre de una civilización: aquella en la que lo cristiano tiene la hegemonía en el campo de las ideas, y por tanto también en la política, las costumbres, la moral, el arte, las tradiciones... Uno puede ser (religiosamente) cristiano sin vivir en una civilización cristiana (sin vivir en la Cristiandad). Y, a la recíproca, una civilización puede ser cristiana sin que todos, o ni siquiera muchos, de sus miembros lo sean: basta con que sus leyes, sus fiestas, su literatura, sus virtudes se vean iluminadas por los principios de tal religión.

Por “cristianismo” entenderemos la religión que considera a Jesús de Nazaret el Hijo de Dios y propone sus enseñanzas como guía para la vida. Se calcula que unos 2400 millones de personas a día de hoy la profesan.

Si la Cristiandad es una civilización, entonces, al igual que le ocurre a cualquier otra (la sumeria, la azteca o la del Antiguo Egipto) es también “cosa efímera, sujeta a los tiempos y las modas, eminentemente frágil, mortal”, nos recuerda la ya citada Delsol. Resulta indudable, por ejemplo, que Europa formó parte de la Cristiandad durante toda la Edad Media, pero ¿cabe aseverar lo mismo en la actualidad? ¿Vivimos en una civilización cristiana, donde nuestras ideas, nuestros principios, nuestra cultura estén sobre todo inspirados por el mensaje de tal fe? Para muchos, se trata de un barco que ya zarpó. E incluso quizá se hundió.

2. CRISTIANOS FELICES DEL FINAL DE LA CRISTIANDAD

Que se haya acabado la Cristiandad causa lógico alborozo entre quienes reputan el cristianismo como una religión detestable o, al menos, un tanto dañina. “¡Que existan cristianos, de acuerdo, si no hay más remedio! (Al fin y al cabo, ¡lo de las fieras en el Coliseo parece que no logró terminar con ellos!). Pero, por favor, ¡que al menos no marquen civilización alguna!”.

Ahora bien, y esto es lo más curioso, también hay cristianos de religiosidad profunda a los que regocija ese final. Como afirmaría uno de ellos, el sociólogo **Émile Poulat**, lo cierto es que al terminar la Cristiandad “no es cosa segura que Dios haya salido perdiendo”. Ya en los años 60, el dominico Jean-Pierre Jos-sua mantenía una postura similar ante el jesuita Jean Daniélou en su controversia sobre el **Cristianismo de masas o cristianismo de élites**.

Y bien, podríamos dividir a estos cristianos felices del fin de la Cristiandad en dos grupos que, por evitar las tradicionales divisiones derecha-izquierda, diferenciaremos mejor según las dos dimensiones de una cruz: la vertical y la horizontal.

2.1. Cristianos “verticales”

En el palo vertical tenemos a todos los cristianos a los que reconforta el final de la civilización cristiana porque eso les permite dejar de ocuparse de esas cosas tan enojosas de que se suele ocupar una civilización: implantar ciertas leyes, combatir a sus enemigos, gobernar a tus conciudadanos, castigar las infracciones. Estos cristianos “verticales” prefieren con mucho las cosas que se pueden hacer desde el banco de tu iglesia: asistir a misa, rezar padrenuestros, criticar al feligrés de la fila de al lado. Bien es verdad que, si les preguntaran, preferirían una civilización en la que no se fomentara el aborto, o una en la que a sus hijos no les enseñaran en clase a masturbarse. Pero, la verdad, no están dispuestos a enredarse en una batalla demasiado engorrosa en favor de una sociedad así. La expresión “guerra cultural” ¡les parece tan belicista! Con lo tranquilito que se está en tu chalet, con tus flores, con tus niños correteando, con tu capillita ahí, al fondo del jardín.

Esa mentalidad de jardín vallado permea la actitud de esta clase de cristianos. Dentro del jardín florecerá su identidad “cristiana”, con la que se sienten tan reconfortados. Fuera del jardín prosperará un mundo cruel, que les confirma lo bonito que es su huertecito privado. Como diría Mingote, “al cielo iremos los de siempre”. ¡Se sienten tan “auténticos” de este modo! Y jamás osarían dañar la “autenticidad” de los que están fuera: que entren, si quieren, en su jardincillo, pero no hay que librar combate alguno para facilitárselo.

A veces, bien es verdad, los cristianos “verticales” extienden un poquito la cerca que rodea su chalet: quieren que llegue hasta el colegio, privado o concertado, donde estudian sus hijos. ¡Que ellos al menos queden preservados de las necedades de la civilización actual! ¡Si al menos en sus aulas

no les enseñaran que todos los varones son maltratadores y todas las mujeres justas! ¡Si al menos a ellos no les embaucaran con que la vida solo vale mientras te lo pasas bien, y luego debes pedirle al Estado que te eutanasié! ¡Si al menos sus profesoras no les enseñaran que “sola, borracha, quiero llegar a casa”! Pero esta estrategia de encerrarse en tus coles y urbanizaciones decentes se revela, una y otra vez, perdedora: al otro lado de la alambrada hay ministras que aspiran a **poder cambiar los genitales de tu hijo de solo 12 años**; no van a andarse con remilgos porque les pongas delante una simple vallita.

Hay ocasiones en que estos cristianos utilizan ciertas palabras de Joseph Ratzinger, luego papa Benedicto XVI, como presunto apoyo de su actitud. Al final de **un libro que reúne varias conferencias radiadas en 1969**, este gran teólogo se hizo la pregunta de cómo será la Iglesia del año 2000. Y, en su respuesta, postuló que tal institución “se reducirá y deberá comenzar de nuevo, más o menos desde el principio. No podrá habitar ya muchos de los edificios construidos en tiempos más propicios. Al disminuir el número de sus adeptos, perderá muchos de sus privilegios sociales. (...) Será una iglesia interiorizada, que no reclame el mandato político (...), una iglesia de los pequeños”.

¿Abogaba ahí Ratzinger por una actitud “vertical”, de “banco de iglesia”? ¿Abogaba por un cristianismo despreocupado por la Cristiandad? ¿Defendía aceptar a fin de cuentas una civilización que ya no sea cristiana, y conformarse con conservar un grupito de cristianos muy intensos, muy conciencudos, pero poco batalladores a la hora de pretender marcar el resto de su cultura?

**Los cristianos “verticales”
prefieren con mucho las cosas
que se pueden hacer desde
el banco de tu iglesia: asistir
a misa, rezar padrenuestros,
criticar al feligrés de la fila de
al lado.**

Es dudoso que esta interpretación sea la correcta para el texto citado; y, en todo caso, mucho siguió pensando y escribiendo tras 1969 nuestro autor. Así resulta que, si contemplamos el conjunto de su obra, solo cabe extraer justo la conclusión contraria: Ratzinger ha sido y es un firme defensor de la lucha por la civilización cristiana, no solo del cristianismo como religión.

De hecho, quizá estemos ante el intelectual vivo que **con mayor firmeza** ha batallado por la triple raíz de la Cristiandad, esto es, por Atenas, Roma y Jerusalén: por el pensamiento griego, por la juridicidad latina y por la espiritualidad judeocristiana. Por conservar una civilización en que aspiramos a dar buenas razones, a organizarnos según leyes e instituciones justas y a reverenciar el legado de Jesús. Hasta el punto de que Giulio Meotti ha llegado a preguntarse si estamos ante **el último papa de Occidente**.

Mas, en todo caso, los cristianos “verticales”, tanto si cabe contar al Ratzinger de 1969 o no entre ellos, lo cierto es que habitan bien tranquilos sobre la hipótesis del fin de la Cristiandad. Y no se encuentran solos. Otro grupo, en apariencia muy diferente a ellos, comparte su apacibilidad.

2.2. Cristianos “horizontales”

Un segundo grupo de cristianos se siente contento ante el final de la Cristiandad: es el grupo que podríamos representar, siguiendo el plan antes marcado, con el travesaño de una cruz. Se trata de creyentes que viven su fe, en el fondo, como si de una ONG con esteroides se tratase: hay que dar de comer al hambriento, hay que dar de beber al sediento, hay que ocuparse de las focas en el Ártico y de las ballenas en el Atlántico, hay que arrodillarse

en memoria de George Floyd, hay que reducir nuestra huella de carbono y portar banderas por la paz mundial. Si todo eso se hace con un crucifijo al cuello (preferiblemente de madera reciclada), tanto mejor. También es viable rezar unas cuantas oraciones al día, o visitar alguna capilla en los bajos de algún edificio, siempre que el Ayuntamiento haya dado permiso y no perjudique los planes (ecofeministas, por supuesto) de ordenación urbana. ¡Qué dirían los vecinos, si no!

Para estos cristianos, dejar de preocuparse por una civilización cristiana, por la Cristiandad, les ahorra luchar batallas en que se sienten incómodos. Por ejemplo, la lucha contra la legalización del aborto, en que deben juntarse con un montón de carcas que les son un tanto antipáticos; y encima alejarse de las feministas, que en cambio les caen tan bien. Tampoco están muy interesados por una educación diferente para sus hijos: la mayoría de dogmas progresistas (sobre sexualidad, sobre medioambiente, sobre reparto de la riqueza...) les parecen aceptables, cuando no bien loables; de modo que están encantados con que el Estado se los insufla a sus hijos y a los del resto en la escuela.

Para este grupo, la Cristiandad tiene resonancias de señores (cuando no *señoros*) muy autoritarios, que se empeñaban en imponer su fe desde el poder, para así fundar una civilización: los emperadores Constantino y Teodosio, el visigodo Recaredo, los Reyes Católicos, Felipe II, Francisco Franco... es interminable la lista de tales *mastuerzos*, que solo han ensuciado, a su juicio, el dulce y pacifista nombre del cristianismo, nombre que ellos vienen, por fin, a purificar.

Acaso el lector estará pensando que, al cabo, también el poder de hoy día impone su

Los cristianos horizontales son creyentes que viven su fe, en el fondo, como si de una ONG con esteroides se tratase.

fe de manera contundente, con unos recursos jamás vislumbrados; también las élites empresariales, culturales, intelectuales, periodísticas y políticas de hoy día nos dirigen todas en igual dirección por la autopista **A-2030**. Pero para estos cristianos horizontales se diría que se trata, por fin, de un poder que les gusta, que camina

en el sentido que ellos creen cristiano. De modo que no les causa excesiva desazón. Y ello pese a la peculiaridad de que ninguno de esos poderes globales preste demasiada atención al cristianismo (y, ay, pese a que siempre que pueden, lo reprueben o se mofen de él: ¡habrá que advertir a esos chicos traviesos de que no sean tan despectivos con el Buen Jesús! Si no, ¡lo mismo alguien empieza a trazar vinculaciones entre ellos y aquella trampa de que ya nos advirtieron **Murray, Benson** y **Soloviov**: la trampa de un poder despótico mundial que se disfraza de valores cristianos y blanditos!).

Seamos, pues, francos: si a estos cristianos “horizontales” le complace el final de la civilización típica de la Cristiandad no es porque les disgusten las civilizaciones (con toda la carga de poder, política, imposiciones e instituciones que acarrearán); es porque les hace tilín la civilización (*woke*, progresista, globalista... llámase como se quiera) que viene a sustituirla. Y también su poder, su política, sus imposiciones y sus instituciones. Estos cristianos se quejarán del emperador Constantino, pero no de José Luis Rodríguez Zapatero; repudiarán el decreto de Teodosio que hacía del cristianismo religión de Estado, pero callarán ante el Gobierno que hoy dificulta la objeción de conciencia en médicos y farmacéuticos; aborrecerán que Recaredo o Isabel y Fernando unificaran a los españoles bajo un mismo gobierno y religión, pero festejarán que la ONU nos quiera supeditar a

todos los humanos bajo un mismo poder y una misma agenda repletos de dogmas.

3. ¿CRISTIANISMO SIN CRISTIANDAD, CRISTIANDAD SIN CRISTIANISMO?

En lo que llevamos abordado, hemos visto (en el apartado 1) que toda una serie de autores contemporáneos (Delsol, Dreher, Jossua, el papa Francisco...) comparten diagnóstico sobre nuestra civilización cristiana: esta se ha acabado, o está en las últimas.

Luego, en el apartado 2, hemos comprobado que algunos cristianos no solo comparten este juicio sobre el final de la Cristiandad, sino que se alegran por él, aunque sea de dos modos muy distintos. Así, los cristianos de tipo “vertical” se alegran porque así podrán crear comunidades más “puras”, menos preocupadas por cómo le va al mundo, menos permeadas por él, en la que solo los “auténticos” entren portando toda su “autenticidad”. Por su parte, los cristianos de tipo “horizontal” se alegrarán también, pero en su caso será porque la civilización que viene después de la

cristiana, lo que tras el fin de la Cristiandad ocurre (llámese *wokismo*, progresismo o globalismo), en el fondo les *mola...* incluso más que la propia Cristiandad.

En todo caso, tanto cristianos “verticales” como “horizontales” apuestan por profesar un cristianismo sin Cristiandad, una vez finalizada esta. Algunos individuos concretos incluso adoptarán rasgos de uno y otro tipo de cristianismo: llevarán, “verticales”, a sus hijos a un colegio concertado (subvencionado por el Estado) y colaborarán, “horizontales”, con Cáritas para obras “sociales” (también subvencionadas por el Estado). Y todo ello les bastará. Pues son gentes, como es lógico, con pocas ganas de cuestionar ese Estado que tan benevolente en uno y otro caso se les muestra. Y con menos ganas aún de cuestionar el nuevo modelo de civilización que tal Estado patrocina.

Queda por tratar, en cualquier caso, otros dos conjuntos: el de aquellos que no cumulos con la idea de que se haya acabado la Cristiandad, y el de aquellos a los que nos parecería una pésima noticia que tal final se



Ruinas del monasterio de Santa María de Moreuela, Zamora. | Foto: Javier Díaz Barrera – Flickr

produjese. Si bien constituimos en teoría dos grupos diferentes, de tener razón el primero (es decir, si no se ha acabado la Cristiandad), el malestar del segundo (por el final de esta) quedará también refutado. De modo que podemos dar respuesta a ambos a la vez en lo que resta de este trabajo.

¿Por qué pensamos nada más y nada menos que no ha terminado la Cristiandad? ¿Es que no notamos que la opinión de la Iglesia, de los obispos, del mismo papa, es a menudo ignorada incluso por los propios creyentes, no digamos ya por la opinión pública? ¿Es que no hemos oído hablar del “**cisma oculto**” que ya en 1998 detectara el filósofo Pietro Prini: una absoluta divergencia entre lo que dice la jerarquía y lo que cree la inmensa mayoría de católicos acerca de asuntos de tanto calado como los anticonceptivos, la sexualidad, la confesión, la condenación eterna...? ¿Es que no notamos que nadie se inspira ya en los viejos sabios cristianos?

¿Es que no nos hemos dado cuenta, por ejemplo, de que casi todo país occidental ha legalizado el aborto? (Chantal Delsol atribuye un peso clave, para sus tesis, a este hecho). ¿Es que no notamos a nuestro alrededor una civilización hipersexualizada, obsesionada bien con el dinero, bien con esos clichés sentimentaloides que se nos quieren hacer pasar por moral? ¿Y no son esos tres rasgos (sexualización, consumismo, moralina) cosas bien ajenas a lo que representaría una cultura cuya marca esencial fuera lo cristiano?

¿No están la mayoría de nuestros contemporáneos imbuidos de relativismo (no existe la verdad, sino “tu verdad” o “mi verdad”) o incluso plagados de nihilismo (nada importa más que otra cosa)? ¿No es para ellos la vida un trayecto áspero por el que hay que discurrir pasándose lo mejor posible, pero cuyo fondo es en realidad frío y solitario? ¿Queda algún resto de la pasión cristiana en todo eso?

Vayamos incluso más al fondo, al mensaje mismo de Jesús acerca del “agobiante amor de Dios por la humanidad y la necesidad de que el ser humano absorba ese amor y lo deje fluir hacia otros, como una planta marina deja pasar el agua marina a su través” (la descripción es del filósofo **Huston Smith**). ¿Estamos de veras rodeados por una cultura donde el amor fluya así de unas personas a otras, desbordando el corazón de cada una?

La respuesta a todas estas preguntas retóricas es sencilla. Y desmoralizadora. Pero, aunque en nuestra sociedad a la voz de la Iglesia se les haga poco caso y aunque tal Iglesia ande dividida en asuntos de no poca monta, aunque se respete ya poco a los antiguos sabios cristianos, aunque nos rodeen unos 100.000 abortos anuales (solo en España), aunque sexo, dinero y moralina proliferen, junto con nihilismo y desesperanza, a nuestro derredor, y todo ello en lugar del amor incondicional que predicaba Jesús, aun así, pese a todo ello, tiene sentido reclamar que la Cristiandad aún no ha muerto. Para ello hemos de despejar, antes de nada, dos malentendidos; y a continuación ya podremos proponer nuestra tesis al respecto.

3.1. Malentendido primero: la cristiandad precisa, para serlo, de un cristianismo cuasiperfecto

Muchas de las críticas que recibe la idea de combatir a favor de una civilización cristiana proceden de confundir dos cosas: que la Cristiandad sea una civilización que se inspira en los ideales cristianos, por un lado, y que la Cristiandad cumpla el ideal cristiano, por otro. Esa confusión aboca a que, defraudados porque lo segundo anda lejos de conseguirse, se abandone todo interés en defender lo primero.

Y, claro está, esa aspiración segunda, la de una ciudad, país o continente cercanos a la perfección cristiana, nunca se alcanza

(en contundentes palabras de Søren Kierkegaard, “el cristianismo aún no existe”). Por consiguiente, este modo de pensar (“la civilización cristiana solo es buena si es 100 %, o al menos 99 %, cristiana”) desemboca siempre en el abandono de toda lucha por ciudades, países o continentes *al menos* inspirados en lo cristiano. O desemboca como mínimo en cierto menosprecio por esa batalla. Buen ejemplo es un autor como **Dominique Collin**, dominico belga que extrae de la citada frase kierkegaardiana justo la conclusión contraria a la que aquí estamos barajando.

No somos los únicos que creemos equivocada esa conclusión. Nos acompaña nada menos que uno de los principales pensadores cristianos de todos los tiempos.

Pues ya San Agustín de Hipona, en ***La ciudad de Dios contra los paganos***, diferenció hace 1600 años entre la civilización perfecta

cristiana (que da título a su obra y que solo se cumplirá al final de los tiempos) y las civilizaciones humanas, siempre falibles e infelices. Para este santo, resultaba crucial no confundir nunca ambas cosas (no divinizar nunca un orden político concreto implantado en la tierra, y menos aún divinizar a sus gobernantes, por muy “cristianos” que el primero o los segundos fueran).

Ahora bien, para nuestro autor tal diferencia radical no debía servir de excusa para abdicar del combate por una civilización cristiana aquí y ahora, que fuese encarnando el triunfo de lo bueno sobre lo malo en leyes, gobiernos, costumbres, normas sociales... Al contrario.

Justo la esperanza cristiana en que la vencedora final será la Ciudad de Dios debería servir de acicate para implantar en lo posible, aquí en la Tierra, ciudades que se parezcan



Traducción al castellano de *La ciudad de Dios* de San Agustín, Cano de Aranda, s. XV. | Metropolitan Museum of Art

más y más a la divina, creía el de Hipona. Estaba tan convencido de ello, que incluso llegó a barajar el uso de la fuerza para tal fin (siempre que se usara **para el bien del mismísimo prójimo al que buscamos derrotar**, eso sí). Pues la batalla por civilizaciones decentes es crucial. Civilizaciones que respeten la vida en vez de estar obsesionadas con la muerte, por ejemplo. Civilizaciones en que cunda la igualdad entre hombre y mujer en vez de someter a la segunda, por ejemplo también. Civilizaciones que perdonen y sepan dar una y otra oportunidad al que yerra, en vez de condenar para toda la existencia a quien emitió un tuit ofensivo hace años o cortejó de modo inapropiado a una compañera, como **tercer ejemplo** que se nos ocurre. Civilizaciones cristianas, en suma. Que solo se alcanzarán si sus ideales son los cristianos, y no los de cualquiera de los ídolos contemporáneos, sean estos grandes poderes internacionales, grandes empresas globales, grandes creadores de opinión mundiales.

Quien exige, pues, una civilización donde los ideales cristianos hayan triunfado de pleno para poder llamarla Cristiandad pone los caballos detrás de la cuadriga, algo que al menos Ben-Hur debería haberle enseñado que conviene hacer. Nuestra civilización puede ser cristiana aunque pululen en ella actitudes, palabras, incluso vidas poco cristianas. Basta con que la hegemonía cultural la tenga el mensaje cristiano (en lugar del mensaje *woke*, el mensaje islámico, el mensaje nihilista, el mensaje derechohumanista o cualquier otro: porque algún mensaje la primacía va a tener, recordémoslo también). La inspiración cristiana evita que nuestra sociedad se rija por inspiraciones perversas: sirve de *katechon*, de barrera contra semejantes desatinos. Ni más, ni menos. La implantación espiritual de lo cristiano en el corazón de cada cual será ya cosa luego de las iglesias cristianas, que no de la civilización cristiana; a esta última le basta con asegurarse de que el Derecho, la cultura, el poder político, las normas

sociales... que nos rodean (todo aquello que Hegel llamaría “Espíritu objetivo”) están cristianamente inspirados. Ni más, ni menos.

Asunto aparte (aunque a menudo vendrá a continuación: tras los caballos suele llegar la cuadriga) será que la descrita civilización cristiana engendre así una atmósfera favorable a la religiosidad también cristiana (donde el adjetivo “favorable” no equivale, basta mirar un diccionario, a “irremediamente eficaz”). Todo un cardenal, como el ya citado **Jean Daniélou**, estaba convencido de que así sería; por lo que, contra los cristianos “verticales” y “horizontales” antes citados, pensaba que lo obligado para un buen creyente era no solo defender su egregio cristianismo, sino también la más prosaica Cristiandad.

3.2. Malentendido segundo: la cristiandad del pasado era tremendamente cristiana o pujante

Este segundo error suele servir de apoyo al primero que hemos señalado. A menudo se considera que vivimos en una sociedad pos-cristiana (es decir, que la Cristiandad ha terminado) por comparación a un pasado en que, se presume, los principios, la sensibilidad, la vivencia cristiana resultaban mucho más potentes que hoy en día. Si no nos parecemos en nada a ese momento del pasado, concluye esta forma de ver las cosas, entonces solo cabría colegir que vivimos un momento nuevo: el del fin de aquella Cristiandad.

Pero ¿esto es así? ¿Debemos reputar nuestra época una suerte de degeneración completa tras un pasado en que las cosas eran mucho más cristianas y pías? Para refutar el primer miembro de esta diada (la degeneración irremisible de nuestro tiempo) habremos de aguardar al apartado siguiente, el 3.3. Conformémonos ahora con impugnar el segundo miembro: la imagen de un pasado muy, muy, pero que muy cristiano.

¿Eran los tiempos pasados de la Cristianidad mucho más piadosos? La verdad es que, frente a visiones simplificadoras, los últimos 1700 años de su existencia (ubiquemos el inicio de esta civilización en el gobierno de Constantino) han padecido altibajos de todo tipo.

El propio **Ratzinger** nos da cuenta de ello. Tras el secuestro, verbigracia, del papa Pío VI por la joven república francesa (nos ubicamos pues a finales del siglo XVIII), muchos estaban convencidos de que la Iglesia tenía los días contados frente a la Razón ilustrada que conmovía Europa de uno a otro de sus rincones. Parecía inminente el momento en que todo sería organizado según la Ilustración y nada sin la Ilustración: el sentimiento de entrada en una época nueva no resultaba menos vivo del que cunde hoy entre muchos de nuestros contemporáneos. Es más, “en vísperas de la Revolución francesa”, nos narra también Ratzinger, “incluso para los obispos era de buen gusto bromear sobre los dogmas y quizá hasta dar a entender que no se había de tener de ninguna manera ni siquiera por segura la existencia de Dios”. No resulta, pues, sorprendente que muchos aceptaran someterse obedientes al gobierno revolucionario, y que incluso hubiera preladados que evolucionaron hasta el ateísmo: tal es el caso del arzobispo de París, Jean-Baptiste Gobel.

Excesos similares a estos no son solo dieciochescos. El teólogo **Ignacio María Fernández de Torres** recuerda aquel Renacimiento en que papas como Inocencio VIII, Alejandro VI, Julio II, Clemente VII, Paulo III... iban engendrando hijos ilegítimos; recuerda que en tiempos de San Vicente de Paúl (siglo XVII) más de la mitad de los sacerdotes no sabía dar la fórmula de la absolución; y recuerda que en el siglo X el papa hubo de incitar a los obispos para que se abstuvieran de regentar casas de prostitución, así como

exhortaba al clero para que no fornicara en los templos (pues ello ocasionaba, entre otras, la engorrosa molestia de tener que reconsagrar tales edificios luego). Todos estos momentos forman parte de esa Cristianidad que algunos reputan solo existente en el pasado; pero no parece que muy inspirados por una cristianísima piedad se hallasen.

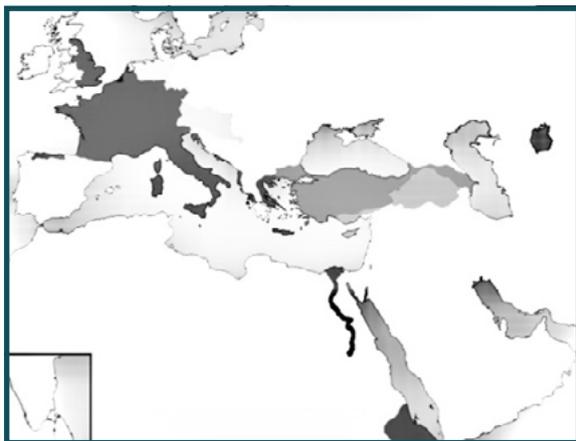
Tampoco lo parecen del todo los tiempos de Santa Teresa de Jesús, bajo el muy católico Felipe II, cuando esta abulense se sintió compelida a reformar el Carmelo, harta de la mundanísima vida que llevaban nada menos que sus compañeras monjas del monasterio de la Encarnación (por no mencionar el famoso amigo suyo sacerdote que vivía en concubinato).

Una ojeada **a los siglos XVII y XVIII ingleses** no resulta mucho más estimulante: prueba de la baja asistencia a la liturgia anglicana es que la ley exigiera hasta 1791 acudir a ella al menos dos veces al año; y que nos conste de parroquianos que se limitaban a cumplir ese requisito mínimo para evitar la multa. De hecho, el aumento de religiosidad del siglo siguiente, el XIX, acarreó el problema de cómo que ampliar sus templos, poco habituados a tal avalancha de feligreses... si bien estos solían ser solo **la mitad de la población**.

Datos similares aparecen en la Norteamérica colonial, donde existe el **consenso** de que menos del 20 % de sus ciudadanos solían asistir a algún servicio religioso. Y, si bien esas cifras ascendieron tras la independencia, como mucho llegarían a un 34 % hacia 1850. El **Medievo inglés** no parece presentar cifras mucho más copiosas. Con lo que, en suma, la imagen de una Cristianidad repleta de enardecidos asistentes a misa parece tan imaginativa como las gárgolas de sus catedrales: impresionantes, pero inexistentes en realidad.

Si no hay muchos motivos, pues, para imaginar un pasado marcado todo él por el más profundo cristianismo, tampoco parece haberlos para postular que la civilización correspondiente, la Cristiandad, gozase siempre de un colchón tranquilizador en términos de población o extensión.

Hacia el año 718, por ejemplo (véase mapa siguiente), un observador desapasionado habría contemplado tal civilización como un mero reducto en torno a la Francia actual, Italia y Anatolia, junto con parte de Gran Bretaña y algunas zonas germanas, griegas o del norte de España como aderezo (bien es verdad que, muy separadas del resto, también habría observado las iglesias egipcia, etíope, armenia o malankara; pero resultaría arduo considerarlas a todas ellas como parte ligada a una civilización cristiana única). Se diría que bastaba un arreón más del por entonces arrollador islam para que lo cristiano fuera anulado de la faz de la tierra como civilización (si bien habría podido sobrevivir como fe en pequeños y sojuzgados grupos de creyentes; algo así como lo que ha venido ocurriendo en Oriente Próximo tras las invasiones árabes).



Extensión de la Cristiandad hacia el año 718. Fuente: O. Bye.

Pero hete aquí que, tras ese momento de precariedad, estaban por surgir cosas que pocos habrían sospechado de esos resquicios cristianos del mundo. Y, así, hacia el año

1000 esa misma civilización coparía la mayor parte de Europa; y a inicios del siguiente milenio, como ya hemos mentado, casi un tercio de los 7800 millones de humanos vivos se hallan vinculados a ella. Quienes en el siglo VIII hubiesen hablado del “final de la Cristiandad” o de que estábamos abocados a una “sociedad poscristiana” habrían debido, si les hubiese sido dado contemplar la historia que les sucedería, corregir un tanto sus pergaminos.

En definitiva, pues, aquellos que ventilan nuestra situación como si constituyera un momento inédito por el escaso peso de la fe en la vida pública, acaso deberían pensar a qué adjetivos recurrirían de descubrirse que los cinco últimos papas (figuras sin duda públicas de la fe) hubiesen tenido tantos hijos ilegítimos como sus pares del Renacimiento. Y aquellos que ven como irremediable el decrecimiento actual de la extensión terráquea donde se toma en serio la Cristiandad, acaso deberían echar la vista atrás hasta, por ejemplo, los años 700. Esto no significa, por supuesto, que la fe cristiana o la civilización cristiana hayan estado siempre más o menos como ahora; significa solo que, tras tantos siglos de historia, las novedades radicales y los fines inminentes se le hacen, a cualquier espectador avezado, poco plausibles.

3.3. La cristiandad aún posible, aunque maltrecha y amenazada

¿Cuál es, en definitiva, nuestra tesis? Digamos que, ante tantos profetas que anuncian (alborozados o pesarosos) la muerte de la Cristiandad, nos permitimos discrepar. Pero eso no significa que, con **Pierre Corneille**, proclamemos aquello de que “Los muertos que vos matáis / gozan de buena salud”. La Cristiandad sigue con vida, mas sin duda anda maltrecha y amenazada. El primer adjetivo (maltrecha) justifica el error de que algunos la den ya por fallecida; pero el segundo

adjetivo (amenazada) nos obliga a luchar sin ambages por ella, pues lo que vendría después, si acabase perdiendo el hilo de vida que aún le queda, resulta mucho más temible que la situación actual.

- La Cristiandad continúa con nosotros, aunque maltrecha, porque aún no hay un pensamiento que haya desplazado por completo la tradición filosófica que le proporcionó su médula; esa tradición que se origina con jonios, pitagóricos y eléatas, que a partir de Sócrates incorpora la reflexión sobre lo bueno y lo justo, y que con Platón y Aristóteles se consolida como una de las mayores cumbres intelectuales jamás holladas por la humanidad. Todo el pensamiento posterior a las obras platónicas no constituye sino elaboradas notas a pie de página de tales textos, según la famosa frase de A. N. Whitehead; y si bien algunas de esas notas al pie han intentado, de reciente, deconstruir por completo el texto principal, su labor anda lejos de haber concluido.

Todavía quedan muchas personas en Occidente que creen que existe la verdad, y que alcanzarla importa, aunque sea difícil; personas que, aunque se saben lejos de la Verdad Absoluta, no por ello renuncian a caminar hacia ella, en vez de que darse con las pequeñas verdades “mías” o “tuyas” o “**de la mayoría**” con que otros nos quieren tener entretenidos. Sí, es cierto, hoy cunde a nuestro derredor la **posverdad**, la convicción de que la diferencia entre verdad y mentira no importa demasiado. Pero no a todos ha seducido.

Muchos seguimos pensando que la razón es nuestra aliada en la búsqueda del Bien y de la Belleza. Muchos seguimos acudiendo a San Agustín, a Santo Tomás de Aquino, a Leibniz, e incluso a autores poco “cristianos”, pero que solo

cabe entender en esa tradición (seguimos aprendiendo de la pasión por la libre expresión de John Stuart Mill, seguimos repensando las intuiciones sobre libertades políticas de Spinoza, seguimos tomándonos la diferencia entre el ser y los entes con la misma seriedad que Heidegger). Mientras todo eso permanezca, seguiremos recibiendo la sabia savia de esa raíz que, surgida en Atenas, acabó formando parte esencial (Ratzinger diría “providencial”) del tronco de la Cristiandad.

- La Cristiandad continúa con nosotros, aunque maltrecha, porque aún habita entre nosotros la idea de que la fuerza de la ley debe estar por encima de las fuerzas de quienes nos manden; que el gobierno de las leyes nos hace libres mientras el de los humanos a menudo nos esclaviza. Y lo decimos en el latín ciceroniano (*omnes legum servi sumus uti liberi esse possumus*) por ser la lengua de los romanos que expandieron por todo el Mediterráneo esa convicción jurídica (si bien la idea se remonta a las cumbres filosóficas ya antes citadas: el Platón de *Las Leyes* y el Aristóteles de la *Política*, inspirados ambos en Píndaro y su fragmento famoso “la ley es el rey”).

Bien es verdad que hoy muchos nos dicen que la ley no debe ser igual para todos; que si eres mujer debes tener privilegios sobre los hombres; que si eres gay o trans no debes someterte a probar tus acusaciones, sino que son aquellos a los que accuses quienes deberán probar su inocencia; que si una sentencia emitida por los jueces no gusta a la masa enfurecida, deben primar las protestas de esta sobre los juicios de los primeros. Pero aún somos muchos los que nos resistimos a tirar por la borda esa idea de justicia que hemos ido puliendo en Occidente a lo largo de los siglos. Por fortuna, varios de nosotros ocupan aún cargos determinantes en judicatura, fiscalía,



San Pedro del Vaticano. | Foto: PxHere.

funcionariado, fuerzas del orden. Mientras ellos permanezcan, nuestra civilización sobrevivirá.

Esto último nos recuerda, por cierto, una enseñanza clave que no deberíamos olvidar de nuestra herencia romana. Por muy brillante que sea un pensamiento, por muy profunda que resulte una religión, esto es, por muy excelente que fuera el legado griego o el judeocristiano, de no haber sido por el trabajo civilizatorio de Roma se habrían quedado, la primera, en una mera curiosidad para eruditos en facultades de Filosofía; la segunda, en una religiosidad de grupitos que se reúnen en catacumbas o domicilios ocasionales. Solo Roma permitió que las intuiciones de Atenas o Jerusalén marcaran la vida de miles de millones de personas, la gran mayoría de ellos ni filósofos ni clérigos. Cuando uno sabe mirar más allá de los jardines filosóficos o de los muros de una iglesia, capta que, sin el poder de una civilización, unos y otras desaparecerían de un plumazo

a poco que viniesen mal dadas las cosas. Dicho de otra forma: Roma nos recuerda la importancia, más allá del cristianismo, de la Cristiandad.

- Por último, la Cristiandad continúa con nosotros, aunque maltrecha, porque aún son muchos los cristianos que no se han quedado ni con el palo ni con el travesaño solos de la cruz: no se han limitado a ser los cristianos que antes hemos descrito como “verticales” u “horizontales”. Estos cristianos aceptan la cruz completa heredada de Jerusalén, y arrostran por tanto la ingente tarea de procurar que su cristianismo vaya más allá de su rosario, su sacristía, su ONG o la escuela de sus niños. Quieren que su cristianismo llegue hasta la médula de una civilización.

Es más, en nuestro tiempo, incluso muchos que no son cristianos de religión, pero sí captan la belleza de sus enseñanzas, se afanan día a día por una civilización que las sostenga en sus instituciones, en sus

leyes, en sus tradiciones. Son los denominados “cristianos culturales”, a menudo denostados por parroquianos “verticales” u “horizontales”, pero que han comprendido mucho mejor que todos ellos aquella máxima de Jesús: “Quien no esté contra nosotros, está con nosotros” (Mc 9:40).

Ya **Benedetto Croce** en 1942 habló de que, en ese sentido cultural, los herederos de la tradición europea no podíamos sino llamarnos cristianos. Ahora bien, hoy que muchos asedian ese legado e incluso se han colocado contra él (son las amenazas a la Cristiandad que ya hemos mencionado, y que exploraremos en el apartado 3.4.), no parece tan irremisible lo que diagnosticaba Croce. En lugar de no poder sino llamarse cristianos, pues, diríamos que muchos de nuestros coetáneos *han decidido* que no quieren dejar de llamarse así, al menos en sentido cultural. Esas personas resultan un aliado valiosísimo en la lucha por mantener la Cristiandad. Pues forman parte plena de ella, aunque no lo hagan del cristianismo *tout court*.

El panorama de los defensores no creyentes de tal Cristiandad es tan abigarrado como apasionante. Nos encontramos en él a filósofos españoles como Gustavo Bueno (1924-2016) o George Santayana (1863-1952); a los “**marxistas razingue-rianos**” que en 2011 publicaron en Italia un manifiesto de apoyo al papa; a políticos de controvertida labor y reprobable antisemitismo, como el francés Charles Maurras (1868-1952); a filósofos chinos como Liu Xiaofeng y He Guanghu, los cuales, sin convertirse al cristianismo, buscan incorporar elementos de sus enseñanzas civilizatorias a la China actual. Resulta imposible, pues, encontrar un mensaje monocorde en todos estos “cristianos culturales”, más allá de su apuesta por la Cristiandad: lo cual corrobora, por cierto,

cuánta pluralidad permite dentro de sí tal civilización.

En suma, la Cristiandad seguirá entre nosotros mientras también se preserve esta tercera pata de nuestra civilización, la que brotó en Jerusalén y hoy cautiva a creyentes, pero también a menos creyentes. Cautiva a devotos de eucaristía diaria, pero también a personas que, sin ser muy de misas, admiran las iglesias donde se celebran (y estarían dispuestos incluso a dar su vida por defenderlas). Cautiva a santos, pero también a personas mucho más mediocres, como un servidor.

Cuenta el libro de Josué que los israelitas, antes de la toma de Jericó, se vieron ayudados por una de sus habitantes, Rahab, que no solo no pertenecía al Pueblo Elegido, sino que además se dedicaba a la prostitución. Nada de ello obstó para que jugara un papel indispensable en el plan divino de preservar al pueblo israelita, ni para que luego sea mencionada en el evangelio según San Mateo como nada menos que tatarabuela de Jesús. A los pueblos no siempre los preservan las personas más puras sobre la faz de la tierra.

3.4. Las dos principales amenazas hodiernas contra la cristiandad (y su alianza)

Muchos teóricos de la escritura recomiendan *chiudere in bellezza*, terminar de modo bello y agradable, los textos que redactemos. Por desgracia, no puede ser nuestro caso. Pues, aunque a lo largo de este escrito hemos reivindicado una tesis optimista (que la Cristiandad no ha terminado y que merece luchar por ella), pecaríamos de panfilismo si no volviésemos nuestra mirada en este apartado final a las duras amenazas que hoy sufre tal civilización. Son amenazas tan graves que

explican el pesimismo de quienes reputan la Cristiandad como ya acabada. Pero, por otro lado, son amenazas tan graves que también explican nuestra negativa a rendirnos y reputarla acabada.

Las dos amenazas principales a nuestra civilización actual no residen en la dejadez con que esta se sostiene por quienes deberían sostenerla: al fin y al cabo, aunque debilitada, ello le permitiría prolongarse mientras no asomara su cabeza competidor alguno por el horizonte. Las dos amenazas principales a nuestra civilización actual proceden de otras dos civilizaciones rivales que no ocultan su deseo de sustituirla. Por muy alicaído que te encuentres en tu puesto de vigía, la muralla que proteges no corre peligro en tanto no se divisen por la lejanía tropas que ansíen invadirla. O, peor aún, tropas que ya hayan tomado buena parte de tu ciudadela.

La primera de las civilizaciones que aspira a suplantarse la Cristiandad sí que viene de allende sus fronteras: hablamos del islam, llegado a los países europeos sobre todo vía inmigración legal o ilegal. Sí, desde antaño ha habido musulmanes en Europa y sí, hay autóctonos conversos. Pero de no ser por su alta tasa de inmigración y por su transmisión a segundas, terceras y cuartas generaciones de las comunidades islámicas, los musulmanes hoy no serían más significativos entre nosotros que cualquier otra religión

abrahámica, tal que los mormones o los testigos de Jehová.

Es más: otras religiones no cuestionan el marco jurídico en que se insertan, mientras que se diría que el islam no puede evitarlo. Por el sencillo motivo de que no consiste solo en una creencia sobre si Dios es así o asá, sino de todo un marco jurídico y político alterna-

tivo (el que se deriva del Corán, los hadices y la sunna). Dicho de otro modo: lo islámico no es solo una fe metafísica, sino toda una civilización alternativa a la nuestra. Una que concatena política y religión de modo férreo. Y solo así se entienden los problemas que sus inmigrantes suscitan, mientras que los budistas, confucianos o ateos,

no. Problemas, por cierto, que no son solo de orden público o delincuencia, por graves que estos sean. El problema de fondo es más grave: que Atenas, Roma y Jerusalén son raíces que el islam preferiría sustituir por La Meca.

La segunda civilización que hoy ansía desplazar a la Cristiandad es mucho más reciente, pero no más bisona. Hablamos, claro está, de algo que aún no tiene un nombre bien definido, aunque todos lo percibamos alrededor: *wokismo*, progresismo, lo políticamente correcto, cultura de la cancelación, política de la identidad, deconstructivismo, interseccionalidad.

Se trata de un modelo de civilización alternativo porque desea (y de ese verbo recibe



Cristo Pantocrátor entre el emperador Constantino IX Monomaco y la emperatriz Zoe (siglo XI), Santa Sofía, Estambul.
Foto: Wikimedia Commons.

uno de sus nombres) *deconstruir* nuestra herencia civilizacional. ¿Con qué fin? Sustituirla por otra más “inclusiva”, nada opresiva, más “diversa”, menos “heteropatriarcal-colonialista-racista-homófoba-especista-antiecologíca”. Según esta nueva civilización, la Cristiandad ha sido un infierno de opresiones a todo tipo de “colectivos”. Solo ella, como nueva civilización, nos liberará de todas ellas, proporcionando a tales grupos de oprimidos mil y una ventajas. En especial, una que atenta contra el núcleo de nuestra civilización cristiana: la idea de que cualquier pecado que hayas cometido contra cualquier minoría habrá de ser una mancha indeleble, imposible de perdonar jamás, de la que siempre **deberás avergonzarte**.

Cuando dos civilizaciones se enfrentan acaso solo quepa un choque entre sus dos trenes; pero si tenemos tres participantes, la cosa da mucho más juego. Dos pueden aliarse contra la tercera, por ejemplo.

Eso es lo que hoy contemplamos: las dos nuevas candidatas a la hegemonía, islam e izquierda *woke*, caminan a menudo unidas, pese a sus enormes diferencias. Ambas piensan que ya se ocuparán de su actual compañera de bando cuando hayan derrotado al rival común, la Cristiandad. De hecho, cada una piensa de sí misma que, si logra derrotar nada menos que a la tradición secular más típica de Europa, ¡cómo no vencer luego a su actual aliada, tan novedosa en estas tierras como es!

Esta alianza wokismo-islam es tan evidente que sorprende que aún sorprenda que **los partidos de izquierda, teóricamente feministas, caminen de la mano de los muy patriarcales islamistas**. Ha ocurrido en el resto de Europa y es normal que en España suceda

igual. Tampoco ha de extrañarnos que los gobiernos izquierdistas subvencionen con una mano (*wokista*) a asociaciones LGBT y con la otra (islamófila) a **grupos musulmanes**, en cuyos países de referencia a menudo el único gasto público que se dedica a homosexuales y transexuales es el que cuesta encarcelarlos o ejecutarlos. Ni debería asombrarnos tampoco que el periodismo español, tan progresista él, apenas haya dado bombo al dato de que el principal representante oficial del islam en nuestro país, Ayman Adlbi, lleve casi dos años acusado de cargos de terrorismo. Imagine el lector por un instante la matraquita con que nos despertaríamos durante meses si se hubiera descubierto que el representante del papa en España financiaba bombas con que masacrar ateos; o si un arzobispo cualquiera estuviese hoy encarcelado por montar una red de secuestro de agnósticos.

Cierto evento reciente ha revelado de nuevo las peculiaridades de esa curiosa pareja islam-progresismo, rival de la Cristiandad: pensamos en el intento de asesinato padecido el agosto pasado

por el escritor angloíndio Salman Rushdie. Como sabemos, se trata de un novelista amenazado desde 1988 por la presunta irreverencia contra el islam de la que adolecería su libro *Versos satánicos*. En una época como la nuestra, tan habladora, a muchos nos sorprendió cierta moderación con que se acogía su apuñalamiento en Nueva York. Y nuestra sorpresa se acrecentaba cuando reparábamos en lo que estaba en juego ahí: justo conservar tal libertad para seguir hablando tanto. ¿Qué podría explicar tanta tibieza ambiental?

Similares dudas se nos despejan si reparamos en el combate entre los tres modelos de civilización apuntados (Cristiandad, islam y wokismo), y en la coalición establecida

entre los dos últimos. Toda la parquedad de nuestros *progres* patrios ante aquel atentado se torna entonces razonable.

Cierto es que, por un lado, les gustan las sátiras antirreligiosas como la de Rushdie. Pero, por otro lado, ¡las que de veras les molan son las que se hacen contra el cristianismo! El escritor indobritánico les ha colocado, pues, en una situación incómoda. ¡Por qué tuvo que bromear sobre el islam! ¡Ya nos burlaremos de él una vez hayamos derribado juntos la civilización cristiana! ¡Pero no tan pronto como 1988, cuando publicó los *Versos satánicos*! A Rushdie le ha faltado sentido del tempo, de modo que un pequeño castigo casi que le resulta razonable. Y así pudimos leer este verano como mucho vagas condenas hacia “**todas las religiones**”; condenas que aprovechaban la sangre derramada por un musulmán en obediencia a clérigos musulmanes apoyados en textos musulmanes... para atacar a las abuelitas que recen el rosario en una parroquia de Mondoñedo.

En suma, si prestamos atención a los detalles, la alianza entre las dos amenazas principales para la Cristiandad, islam y wokismo, aunque espinosa para ambas, no puede sino resultar hoy evidente. ¿Saldremos sanos y salvos de todo ello? Meses después de su atentado, parece que Rushdie se va recobrando del crimen sufrido, aunque ha perdido la visión de un ojo y la movilidad de una mano. Si un escritor de 75 años ha sido capaz, después de todo, de tal recuperación, ¿no lo será nuestra civilización con más de tres mil años judíos, unos dos mil seiscientos años greco-romanos y dos mil años cristianos detrás?

A nosotros atañe la respuesta a esa pregunta. Pues una civilización nunca es solo unos libros venerables, una arquitectura hermosa o un pasado glorioso. Una civilización es la que nos dice por qué merece la pena vivir. Y combatir.

4. EPÍLOGO

Fuera de los textos bíblicos, el más antiguo relato que conservamos de un martirio cristiano es el de **San Policarpo de Esmirna**, acaecido en el año 155 de nuestra era. Discípulo directo del apóstol San Juan, a la avanzada edad de 86 años padeció los tormentos del procónsul romano, que antes de quemar vivo a este santo ya había arrojado a las fieras al apenas niño Germánico. Cuentan las crónicas, por cierto, que a la plebe sorprendía entonces “hallar en los cristianos un ánimo tan varonil”.

En el acta martirial de San Policarpo hay un detalle con todo significativo para nosotros, ocupados aquí como estamos de si merece la pena o no luchar por una civilización llamada Cristiandad. Enfrentado a los requerimientos del gobernador romano para que abjure de su fe, Policarpo le responde, en primer lugar, que hay una autoridad por encima de la suya, la de Dios mismo, y que es a ella a la que debe obediencia primordial. Ahora bien, más interesante aún es lo que añade este mártir a tal razonamiento. Pues, de haberse quedado tan solo en la referencia a una autoridad diferente (y superior) a la del emperador, tendríamos ante nosotros a un creyente más (bien loable, sin duda), pero solo a un creyente.

San Policarpo, sin embargo, agrega ahí otra idea que se revelará clave, con el tiempo, para captar qué significa ser cristiano. Pues explica al procónsul que le va a torturar que, con todo, la autoridad que como gobernante romano posee es legítima. Y que debe ser obedecida en todo lo que no contradiga esa otra autoridad suprema (divina) ya mentada antes. En el capítulo 13 de la Carta a los Romanos de San Pablo ya encontramos la idea de la obediencia debida a las leyes y gobernantes del Imperio; lo curioso del caso de Policarpo es que insiste en ella incluso cuando unas y otros le van a torturar.

El cristianismo, pues, no se despreocupa del poder político, mucho menos lo desprecia, ni siquiera cuando es martirizado por él. El cristianismo simplemente insiste en que ese poder político debería ponerse por debajo del divino. Pero, una vez en puesto en su sitio, el cristiano resalta, al menos desde el siglo II, que hay que prestarle una atención inesquivable. En lugar de retirarse desde la civilización a un jardín privado, en lugar de contemplar su religión como un

asunto privado entre Dios y él (o entre Dios y los creyentes), el cristiano reconoce así la importancia de Roma incluso cuando Roma le es hostil. Qué mejor punto de partida poseía esa fe, pues, para tratar de reconducir a la civilización romana hacia algo más decente.

Es lo que sucederá con Constantino 158 años más tarde. No se trató de una ocurrencia desesperada. El emperador comenzó a apoyarse en los cristianos para reforzar su imperio, porque los cristianos hacía tiempo que habían insistido en la relevancia del imperio. Y los cristianos pudieron empapar la civilización romana con sus ideales, porque hacía tiempo que ansiaban encarnarlos en algo más que ideales.

Quienes hoy defienden que hemos de dar por perdida la batalla civilizacional acaso deberían recordar el “ánimo varonil” de Policarpo, Germánico y tantos otros. También

la lucha despiadada a la que el Apocalipsis de San Juan incita contra civilizaciones erradas. Contra las civilizaciones erradas, insistimos, no contra la idea misma de civilización. No hubo ninguna traición a las aspiraciones de San Juan o San Policarpo cuando el cristianismo se hizo

Cristiandad; solo se ordenaron por fin las cosas del poder en la línea que esos arrojados santos habían señalado.

Y ningún cristiano, por cierto, le hizo ascos a Constantino por el hecho de que no estuviese bautizado (no recibiría tal sacramento hasta poco antes de fallecer). Parece que ya entonces la idea de que la Cristiandad podía contar con defensores no cristianos se captaba sin mayores estrépitos. A veces, la generosidad no consiste solo en acompañar dos millas a quien nos pide que le acompañemos una, sino en dejarnos acompañar una milla por quien, al fin y al cabo, en medio de agresivos pagos, comparte destino con nosotros.



Martirio de San Policarpo, fresco del monasterio del monte Athos.
Foto: Wikimedia Commons

RECONOCIMIENTOS

Agradezco a Elio Gallego y Fernando Nistal, del Centro de Estudios, Análisis y Formación Social (CEFAS) de la Universidad San Pablo-CEU, la oportunidad que me otorgaron de participar en el Congreso *Hacia una renovación cristiana de Europa*, allá por marzo de 2022, donde tuve ocasión de conocer y debatir a la filósofa francesa Chantal Delsol, figura clave para este escrito; para comprender a la cual también me he beneficiado de la ayuda de Domingo González, de la Universidad de Murcia. Asimismo me complace mentar a mis alumnos de la asignatura *Comunicar el legado de la Cristiandad, hoy* en el Título de Experto Universitario en Comunicación Social de la Universidad Pontificia de Salamanca, por la posibilidad que me concedieron de poner a prueba mis percepciones bajo su atento escrutinio. A Ramón Expósito y al obispo de Orihuela-Alicante, monseñor José Ignacio Munilla, les he de agradecer sendas discusiones (cara a cara en el primer caso; mediante tuits y *podcasts* en el segundo) que contribuyeron a aquilatar lo que aquí sostengo. El apartado 3.4. recoge, por su parte, párrafos ya antes publicados (concretamente el 18 de agosto pasado) en *The Objective*, periódico al que también he de reconocer aquí. Por último, sin la confiada paciencia de Jorge Martín Frías habría sido imposible la redacción de este texto, la responsabilidad de cuyas carencias corre por entero a mi cargo, naturalmente.

